

SEGUNDA REFLEXION.

Las tribulaciones han sido siempre el patrimonio de las almas grandes y emprendedoras. La virtud siempre tuvo y tendrá émulos. La religion jamas se vió libre de enemigos. Nació entre guerras, creció entre combates, y se propagó á traves de lagos de sangre vertida por sus perseguidores. La misma suerte han corrido esos sagrados institutos fundados en la iglesia para mayor gloria y esplendor del cristianismo. Los genios privilegiados suscitados por Dios para llevar á cabo esas empresas gloriosas, han tenido que sostener una lucha porfiada y los mas recios combates contra el poder del infierno, enemigo declarado de todo lo bueno, y contra las pasiones de un mundo instrumento ciego de sus designios. Pero sobre todo, las reformas santas y saludables de estos sagrados institutos, que la decadencia de los tiempos ha hecho á veces necesarias, parecen haber sido el blanco de la mas cruda y encarnizada guerra. Nada hay comparable á los trabajos, á las persecuciones, á los odios y á los peligros que han debido arrostrar las almas llamadas por Dios á este género de empresas. Los Alcántaras, los Juanes de la Cruz, las Teresas de Jesus, son testimonios irrecusables de esta gran verdad. Pero entre todos, mi excelso padre y fundador el beato Juan Bautista de la Concepcion parece haber sido escogido por el cielo para manifestar al mundo en la reforma del sagrado órden de la Santísima Trinidad, hasta qué grado puede llegar el heroísmo del hombre y la fortaleza del cristiano para tolerar las penalidades que son consiguientes á la realizacion de un gran designio de la gloria de Dios. Si seguís sus pasos desde que emprendió este generoso pensamiento hasta que dió fin á su obra, le veréis por donde quiera caminar sobre un suelo sembrado de abrojos punzadores, cubierto de escollos horrendos, abundante en precipicios y en abismos sin término. No bien ha salido del puerto de Alicante con direccion á Roma, cuando levantándose en el mar la mas horrosa tormenta, se mira en el mas inminente riesgo de naufragar. El horizonte se enluta, los vientos se enfurecen, hínchase las olas, y el cielo lanza sin cesar rayos exterminadores. Á esa tempestad exterior, sucede en su alma otra no ménos terrible. El nuevo Jonas se juzga la causa de aquel triste acontecimien-

to; cree haber conjurado la venganza del cielo por sus culpas; angústíase su espíritu; desfallecen sus fuerzas, y queda sumergido en un letargo profundo. En aquel momento siente una mano invisible que le toca; vuelve algun tanto en sí, y escucha una voz que le dice: « no temas, un dia padecerás y otro resucitarás. » Entónces se levanta lleno de una nueva fortaleza; embraza el escudo de la fe; ármase de la imágen del divino Redentor; exhorta á todos á penitencia; ánímales á confiar en la misericordia del Señor: el peligro en tanto se acrecienta, arrecia el huracan, el naufragio parece inevitable..... Pero en este instante decisivo preséntanse dos buques al socorro de los desgraciados navegantes; mi beato padre es el primero que salta en uno de ellos para animar á los demas: todos le siguen y se hallan en pocos momentos libres de la muerte que tan de cerca les amenazara.

Cualquiera otro espíritu ménos fuerte que el de mi beato padre, hubiera desde luego renunciado á una empresa que se comenzaba bajo unos auspicios tan funestos. Pero este invencible Pablo, firmemente persuadido de que su grandioso designio no podia llevarse á cabo sin experimentar tribulaciones de todo género, hácese superior á la adversidad, desprecia los peligros, no teme las persecuciones, la muerte misma le es indiferente con tal que pueda consumir su carrera, y llenar el ministerio que ha recibido de su maestro Jesus. Si bien por condescender á las súplicas de su tímido compañero, retrocede á Valdepéñas; á los seis dias de su llegada vuelve á ponerse en camino para el puerto de Alicante, sin que sus dolencias cada vez mas graves fuesen suficientes para detenerle á tomar el menor descanso. Oh! qué serie de trabajos se le prepara á mi excelso padre y fundador! Como el Apóstol de las gentes, por todas partes se ve cercado de peligros; peligros en el mar, peligros en la tierra, peligros en poblado, peligros en despoblado, peligros entre los de su nacion, peligros entre falsos hermanos. Si aborda en Colibre, un recio temporal que desgaja los árboles, cubre la tierra de nieves, y enfurece el mar extraordinariamente, le obliga á detenerse por muchos dias en aquel puerto, en compañía del duque de Maqueda, virey de Sicilia, amenazado á cada instante de ser víctima de una enfermedad contagiosa que diariamente lanzaba multitud de personas en el sepulcro. Si se dirige á las Pomas de Marsella, mírase repetidas veces en

el mas próximo riesgo de caer en manos de los franceses, que á la sazón sostenían la guerra contra España, y no cesaban de recorrer aquellas costas. Si llega á Génova, se halla acometido de dolores agudísimos en todo su cuerpo, que llegan á paralizar sus miembros y le postran en el lecho con la mas imponderable amargura. Mas no por eso desfallece su espíritu: su alma lucha sin cesar contra todos estos contratiempos que el enemigo comun suscita para impedir la grandiosa empresa de la reforma: empero de todos sale victorioso, y cada vez se confirma mas en su santo propósito: *Colluctata est anima mea... et confirmatus sum.*

Llega por fin á Roma: hé aquí la arena en que con mas brío que nunca debe luchar mi beato padre á ley de atleta esforzado é incansable. No bien hubo fijado su pié en aquella corte; apenas habia presentado su petición á Monseñor secretario de la congregacion de reformas, cuando se reciben en la embajada de España repetidas cartas contra el siervo de Dios, que inutilizan todos sus proyectos. En vano pide audiencia al embajador: todas las puertas se le cierran; no solo no le admite, sino que si alguna vez logra hablarle al salir de su palacio, es únicamente para experimentar los mas crueles desvíos y desprecios de todo género. ¡Qué encarnizado fué el combate que comenzó entónces contra mi beato padre y fundador! Por una parte acométele el demonio con ideas funestas acerca de su espíritu, y procura persuadirle á que Dios no podia autorizar una empresa que estaba en pugna con su divina voluntad. Por otra sus hermanos no cesan de presentar libelos infamatorios dirigidos á desacreditarle ante la corte de Roma, y á hacerle odioso al mismo sumo pontífice. Aquí se le acusa de prófugo y apóstata: allí de ladrón y perturbador del orden público; los unos con documentos supuestos le pintan como un fraile díscolo é incorregible que tenia divididas las provincias de España en banderías escandalosas: los otros presentando unas constituciones impresas durante su ausencia, le infaman como á enemigo de la verdadera reforma. Ni uno solo hay que salga á la defensa de su inocencia. Hasta su mismo compañero le abandona, y poniéndose de parte de sus enemigos, fomenta el encono contra su digno superior. Entre tanto mi beato padre encerrado en el noviciado de padres carmelitas descalzos, experimenta los mas crueles padecimientos. El demonio, confundido á vista de

su heroica paciencia, de su mansedumbre extremada, de su caridad admirable hácia los mismos que con injusticia tanta le perseguían, suscita en su corazón las mas terribles tempestades. Unas veces le aterroriza con sueños espantosos: otras con horrendos bramidos y visiones amedrentadoras. Ora tomando la forma de una persona que desea consultarle, le sugiere mil especies funestas acerca de los malos resultados que le amenazan si continúa en su descabellado designio: ora adoptando el disfraz de un amigo deseoso de su bien, le hace saber que se fraguan contra su existencia planes homicidas, que solo podría evitar huyendo precipitadamente. Aquí le hiere: allí le maltrata; ni un solo momento hay en que mi beato padre deje de experimentar la mas porfiada lucha: ni instante alguno en que no tenga que sufrir por la gloria de Dios y la realizacion de la reforma. Pero su corazón siempre firme, siempre inalterable, confía en la bondad de su Dios, en cuyas manos ha depositado el éxito de sus pretensiones.

No me detendré, católico auditorio, en pintaros el tenor de vida mas que humana que observaba mi excelso padre y fundador en su amable retiro de santa María de la Escala. Nada os diré del fervor de su oración, alimento diario con que se robustecía su alma para combatir contra el poder del infierno; nada del heroísmo de su paciencia en medio de tantas y tan amargas contradicciones. Jamas se oyó de sus labios una sola palabra de queja; nunca se vió en su semblante el menor signo de resentimiento, ni su corazón abrigó por un solo instante la mas leve aversion hácia los que tan encarnizadamente le perseguían. Él pudo decir mejor que el profeta Rey: « Levántose han « contra mí testigos falsos; interrogábanme de cosas que yo « ignoraba; volvíronme males por bienes, y poniendo asechan- « zas á mis piés, intentaron quitarme la vida. Pero yo, miétras « que ellos me afligian, cubríame de cilicio, humillaba mi al- « ma con el ayuno, no cesando de orar en mi corazón. Con el « amor que á un íntimo amigo y como á un hermano mio, así « los trataba; como quien está de luto y en tristeza, así me hu- « millaba ».

Cómo pues no habia de volver el Señor por su siervo? Cómo podia dejar de consolar á quien tanto sufría por su causa? Ah! Dios que es fiel en sus promesas, y que nunca dejó de cumplir sus palabras, realizó en fin á favor de mi excelso padre y fun-

dador lo que habia dicho al ángel de Filadelfia: « Porque has guardado mi palabra y no negaste mi nombre, yo haré que los que te persiguieron vengan á postrarse á tus piés y entiendan que te amo: y pues has sufrido con paciencia, yo te libraré en la hora de la tentacion. Vengo al momento: manten lo que tienes, y no dejes que otro ciña tu corona » (1).

Así fué, católicos; mi excelso padre y fundador vió con el mayor gozo de su espíritu disiparse de repente la espesa niebla que se habia condensado sobre su cabeza. Vuelto de Gaeta á donde le fuera preciso retirarse por dos meses á causa de sus dolencias, fué recibido en Roma con el mayor regocijo de los padres carmelitas descalzos, que le dieron las mas lisonjeras nuevas acerca de sus negocios. El sumo pontífice Clemente VIII, plenamente convencido de la inocencia del siervo de Dios, y mas que nunca maravillado del heroísmo de su virtud, acogió con benevolencia su pretension; y por último el dia 20 de agosto de 1599 expidió el breve de institucion de la Descalcez Trinitaria, á satisfaccion y en todo conforme á los deseos de mi insignificante fundador. ¡Así fueron coronados diez y ocho meses de paciencia invencible, de constancia inimitable, de combates crueles, de triunfos heroicos! *Colluctata est anima mea, et confirmatus sum.*

¡Vuela pues, oh ángel de paz, vé á llevar ese testamento eterno á todos los mortales! No serán inútiles tus sudores, ni tus trabajos quedarán sin recompensa. Por toda la sobre haz de la tierra verás brotar á millares vástagos preciosos de esa frondosa vid, cuyas raíces plantarás en el seno de la España. Ante te esperan hierros y tribulaciones en esa Jerusalem proterva; empero no temas, contigo está el Señor y él te sacará á salvo de todos tus peligros. Oh! Si me fuese dado, católicos, extenderme ahora en la narracion de los trabajos y penalidades de mi excelso padre y fundador en la propagacion de su naciente orden, cómo admirariais el poder de Dios y la fuerza irresistible de la virtud! Veriaisle tomar posesion del convento de Valdepéñas en medio de la persecucion mas injusta y de los mas indignos tratamientos de aquellos que un dia afectaban ansiar con el mayor celo la realizacion de la reforma. Veriaisle á pesar de sus dolencias habituales correr de una parte á otra y hacer nuevas fundaciones en Alcalá de Henáres, en Infántes, Socuéllamos,

(1) *Apoc. c. 3. v. 8 et seq.*

la Solana, Valladolid, Madrid, Salamanca, Torrejon, Córdoba, Sevilla, Ronda, Toledo, luchando en todas partes con el poder del infierno, que ya por sí, ya por medio de los hombres á quienes escogia por instrumentos, nada omitia por inutilizar los planes del siervo de Dios. Veriaisle siendo provincial visitar con celo incansable su nuevo plantel, y cortar cual jardinero diestro los vástagos inficionados de la disipacion, arrancar las malezas de la inobservancia, regar con las saludables aguas de la doctrina los renuevos tiernos, fomentar en los mas crecidos el jugo de la disciplina religiosa, y convertir su naciente familia en un ameno jardín donde brotaban sin cesar las mas bellas flores de virtud y se veían en abundancia los frutos mas opimos de santidad. Veriaisle en medio de tantas y tan complicadas ocupaciones todo absorto en contemplacion celestial, tan humilde como si fuese el menor y mas ínfimo súbdito; tan abstraído de todo lo terreno como si habitase entre inteligencias incorpóreas; tan atento á observar las mas minuciosas leyes de la órden como si fuesen otros tantos preceptos. Ora le admiraréis trabajando en escribir tratados de teología mística, cuya sublime sencillez y profunda erudicion admiran á cuantos leen sus inmortales obras; ora predicando con una uncion y elocuencia que lleva en pos de sí las atenciones de los genios mas eminentes. Pero no me es posible continuar: preciso me es concluir mi discurso, que se ha prolongado mas de lo que debiera. Acometan otros en buen hora la difícil empresa de referir sus milagros sin cuento, sus profecías admirables, su devocion entrañable á la Virgen de vírgenes, sus raptos y éxtasis maravillosos, sus revelaciones y celestiales apariciones, los extraordinarios favores que recibió del cielo, las demostraciones singulares de honor que experimentó de cuanto mas grande é ilustre cuenta el mundo. Ensalce quien quisiere los rápidos y multiplicados progresos que ha hecho en el mundo mi sagrado y celestial orden en todos los países de Europa, y en especial en Polonia, donde todavía existen algunos de los hijos de mi excelso padre y fundador; las redenciones que ha realizado en Túnez, Marruécos, Argel y otros puntos del África; los millares de víctimas que ha arrancado del poder sarraceno; las lágrimas que ha enjugado; las miserias que ha socorrido; las almas que ha sacado de entre las garras del infierno; los padres que ha restituído al seno de sus hijos; los hijos que ha

devuelto al seno de sus padres; las esposas que ha hecho tornar al tálamo nupcial. Dejemos en suma que los historiadores de la vida de mi excelso padre y fundador canten sus alabanzas, entonen sus victorias, y le hagan apurar hasta las heces el cáliz de la gloria. Yo no he hecho mas que bosquejar sus principales rasgos, conforme al pensamiento que me propuse en el ingreso de mi discurso: os le he presentado como un varon suscitado por Dios para fundar en la iglesia un órden insigne, fruto de trabajos y penalidades sin cuento, de un celo ardiente, de una paciencia invencible y de la mas admirable constancia. Habeis admirado en él un celo en restaurar la mayor gloria de la santísima Trinidad y el fervor primitivo de su órden, que le mereció un honor inmortal. Habéisle visto llevar á cabo este grandioso designio á traves de los mayores obstáculos y de una encarnizada lucha contra el poder del infierno, con una fortaleza que le condujo al mas alto grado de heroísmo. Habeis en fin contemplado á un varon extraordinario, que mejor que ningun otro pudo decir de sí mismo: fuí celoso del bien, y no me avergonzaré. Mi alma sostuvo una terrible lucha, pero he permanecido constante.

¡Plegue al cielo, oh insigne padre mio! que tu espíritu permanezca siempre inalterable en los corazones de tus hijos! ¡Plegue al cielo que esta viña que con afanes y sudores tantos plantaste, vuelva á brotar un dia rozagante y llena de lozanía! Ah! Secádose han sus hojas á impulso del recio huracan de la revolucion mas desastrosa. Arrojadados por tierra yacen sus vástagos. Malezas incultas cubren ese campo cargado un dia de pámpanos floridos y de racimos frescos y abundantes. Empero el Señor que te eligiera para labrar este suelo feraz, todavía reserva en su misericordia una pequeña porcion de operarios prestos á consagrar su celo en reparar los daños que tu heredad sufriera. Tambien te quedan aún algunos residuos de esa malograda viña en este asilo de virtud y de inocencia. Consérvalos, padre cariñoso, para que jamas falten las alabanzas de la Trinidad beatísima. No ceses de implorar los auxilios del cielo en favor de tus hijos é hijas, á fin que perseverando en sus almas el jugo de las virtudes que les has inspirado, crezcan, se renueven, y sean un dia dignos de ser presentados en el ameno jardin de la gloria.

SERMON

DE SAN JUAN CRISÓSTOMO.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

Dedi te in lucem gentium, ut sis salus mea usque ad extremum terræ.

Te he dado á la luz de las gentes para obrar su salud hasta los términos de la tierra.

Isaias, c. 49. v. 6.

Qué insensatos son los hombres que creen que nuestro Dios no cuida de la salud de sus siervos! ¡Cuán vana es la confianza de los que engreídos con sus propias fuerzas rechazan y desprecian los auxilios de aquel Dios sin cuyo concurso todas las cosas caerian en los abismos de la nada! Claman con furiosa estupidez los perseguidores de David, al verle huir temeroso de la conjuracion de Absalon su hijo; y Semei insulta á su rey, le maldice, le desprecia y baldona, cuando al mismo tiempo se hace entender al ungido del Señor que el Omnipotente es quien le protege, quien le hace levantar la cabeza sobre sus enemigos, deponer el miedo de la persecucion, y clamar reconocido que la salud de los justos está en las manos de aquel Dios que, como la madre que arrulla en sus brazos á su infante, no puede olvidarse de sus hijos, como lo dice Isaias! Volved los ojos á los primeros siglos, consultad la tradicion mas legítima, preguntad á vuestros padres, y ellos os anunciarán los portentos y maravillas que ha obrado en favor de sus adoradores: ellos os obligarán á reconocer á un Rey omnipotente, á un Dios excelso, á un padre que envía saludes á Jacob, dice el Salmista. ¡Faltar á sus amigos y servidores un Dios que aun en la corrupcion mas espantosa supo disponer un arca para salvar á una familia ca-